

ella é implorar auxilio para su compañero. Al doblar una encrucijada vió á un hombre y llamóle; mas como éste no volviese la cabeza, recordando Petit-Pierre el aviso y las lecciones de Bonneville, dió un grito semejante al del mochuelo. Detúvose al punto el hombre, y retrocedió dirigiéndose á Petit-Pierre, quien le dijo:

—Amigo mío, si queréis oro lo tendréis; pero antes ayudadme á salvar á un moribundo.

Y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban echó á correr con la certeza de que el hombre le seguiría, llegöse á Bonneville que continuaba desmayado, y al levantarle la cabeza oyó la voz del desconocido que decía á sus espaldas:

—No necesito que me prometan oro para socorrer al señor conde de Bonneville. Miróle Petit-Pierre con más atención, y conociendo al guarda del marqués de Souday, exclamó en seguida:

—¡Juan Oullier! ¿Podríamos encontrar un albergue cerca de aquí?

El guarda contestó sin vacilar:

—No hay más que aquella casa en el radio de media legua.

Oullier pronunció esas palabras con visible repugnancia sin que petit-Pierre la notara.

—Es preciso que nos llevéis allí.—¿A aquella casa?—¿No son realistas sus habitantes?—No puedo responder de ello.

—Pongo nuestra vida en vuestras manos: ya sé que puedo fiar en vos.

Juan Oullier tomó en hombros á Bonneville todavía desmayado y de la mano á Petit-Pierre, encaminándose luego á la casa, que era la de José Picaud y su cuñada. Subió la escalera con tanta ligereza como si en vez de llevar á Bonneville sólo hubiese llevado su zurrón; mas al llegar al huerto, empezó á andar con cierta precaución. Todos dormían en la casa de José, aun cuando en el aposento de la viuda brillaba una luz, y veíase pasar muy á menudo una sombra por detrás de las cortinas. Juan Oullier vaciló un momento y luego dijo para sí:

—Bien considerado, lo mismo da. Y dirigióse resueltamente á la habitación de Pascual.

Abrió la puerta y vió al entrar el cadáver de Pascual tendido en la cama, entre dos cirios, y á la viuda orando junto á él. Al oír ésta el ruido de la puerta, se levantó, y Juan

Oullier sin soltar su carga ni la mano de Petit-Pierre la dijo:

—Viuda Pascual, esta noche os he salvado la vida en el sendero de las Cabras.

Miróle la viuda con extrañeza y como tratando de hacer memoria.

—¿No me creéis?—Sí, Juan; sé que sois incapaz de mentir.—Viuda Pascual, ¿queréis vengar á vuestro marido y enriqueceros al mismo tiempo?—¿De qué manera?—Ahí tenéis á la duquesa de Berry y al conde de Bonneville á quienes he encontrado casi muertos de hambre y de fatiga, que vienen á pedirnos un albergue.

Mirólos la viuda como asombrada y con grande interés, en tanto que Juan Oullier continuaba:

—Esta cabeza vale tanto oro como pesa: si la entregáis, vengáis á vuestro marido y seréis rica.—Juan Oullier, contestó la viuda con gravedad, Dios nos ha dado la caridad para todos, cualquiera que sea su alcurnia: han llamado á mi puerta dos infelices, y no los rechazaré; me piden asilo dos proscritos, antes se hundirá la casa que entregarlos.

Y con un sencillo ademán al cual imprimía la acción una grandeza sublime, añadió:

—Entrad todos, y bien venidos seáis.

En tanto que Petit-Pierre y Juan Oullier dejaban á Bonneville en una silla, díjole el guarda en voz baja:

—Señora, componéos los cabellos rubios que salen por debajo de vuestra peluca: lo que por ellos he adivinado y lo que acabo de decir á esa mujer, no conviene que lo sepan todos.

XXXVIII

IGUALDAD ANTE LA MUERTE.

Sobre las dos de la tarde de aquel mismo día salía Courtin de la Logerie so pretexto de ir á comprar en Machecul un bucy para la yunta, aunque en realidad su objeto era informarse de los acontecimientos de la noche anterior, los

cuales es fácil comprender que para el digno alcalde tenían un interés especialísimo.

Al llegar al vado de Pontarcy encontró á los mozos del molino que levantaban el cadáver del hijo de Tinguy, rodeados de algunas mujeres y niños que lo contemplaban con la curiosidad peculiar de su sexo y edad. Cuando el alcalde de la Logerie entró con su cabalgadura en el río, miráronle cesando como por ensalmo la animada conversación.

—¿Qué hay, muchachos? preguntó Courtin yendo en derechura al grupo. —Un muerto, contestó uno de los molineros con el laconismo propio del campesino vendeano.

Miró Courtin el cadáver, y viendo que llevaba uniforme dijo:

—A Dios gracias no es del país.

A pesar de sus opiniones filipistas el alcalde de la Logerie no consideraba prudente mostrar simpatías por un soldado de Luís Felipe.

—Os equivocáis, señor Courtin, contestó lacónicamente y con acento sombrío un hombre de chaqueta parda.

El tratamiento de señor que acababa de dársele con acento algo afectado, estuvo muy lejos de halagar al alcalde, pues sabía que en semejantes circunstancias, y en boca de un aldeano, más denotaba injuria ó amenaza que respeto; resuelto pues á ser muy circunspecto, contestó con acento suave:

—Sin embargo, me parece que lleva el uniforme de cazador. —¿Qué significa el uniforme? preguntó el aldeano. —No sabéis por ventura, vos que sois alcalde, que lo mismo entran en suerte nuestros hijos y hermanos que los demás?

Siguió á esas palabras otra pausa, y no pudiendo soportar Courtin aquel silencio, añadió:

—¿Se sabe el nombre de ese desgraciado?

Y el bellaco hacia inauditos é infructuosos esfuerzos para hacer brillar una lágrima en sus párpados. Todos permanecieron callados: el silencio era cada vez más significativo.

—¿Ha habido otras víctimas del país? He oído decir que se habían disparado muchos tiros. —No lo sé; como no sea aquella, contestó un aldeano señalando con el dedo el perro de Juan Oullier que yacía junto al río. Courtin se inmuto y dijo. —¿Aquel perro? si no hubiese otras víctimas que esa... —La sangre de un perro tiene también su valor; á buen seguro que así lo creé su amo.

En seguida desapareció el que había pronunciado estas palabras, y los molineros siguieron andando. Las mujeres y los niños acompañaron el cortejo fúnebre orando en voz alta, y habiendo Courtin quedado solo en el camino, espoleó á su cabalgadura, y dijo:

—Para que Oullier me haga pagar esta cuenta, tendrá que deshacerse de los lazos con que lo he sujetado, y difícilmente lo veo.

En esto pasaba el alcalde de la Logerie junto á la cruz de la Berthaudiere, en la cual empezaba el sendero que conducía á la casa de Picaut, y entonces ocurriósele que nadie como Pascual podía ponerle al corriente de las cosas, pues la víspera había servido de guía á los soldados. Torció á la derecha y cinco minutos después entraba en la casa, en el dintel de cuya puerta encontró á José sentado y fumando sosegadamente. No cambió de postura al ver á Courtin, y como ya sabemos que este era perspicaz, aparentó no notarlo, y atando el caballo á una argolla de la pared, dijo á Picaut:

—¿Está en casa vuestro hermano? —Sí, está todavía. Parecióle á Courtin que su interlocutor había pronunciado esta última palabra con un acento singular. Picaut añadió en seguida: —¿Queréis que vuelva á guiar los soldados al castillo de Souday?

Courtin se mordió los labios sin contestar, diciendo para sus adentros:

—¿Por qué ese imbécil de Pascual habrá dicho á su hermano que yo le dí tal encargo? Hace veinte y cuatro horas que no puedo dar un paso sin hallar quién hable de ello.

Ese monólogo no le dejó observar que la puerta de la habitación de Pascual estaba cerrada por dentro contra la costumbre de los aldeanos, y cuando se la abrieron, retrocedió exclamando pasmado:

—¿Quién ha muerto aquí? —Vedlo, contestó la viuda. Courtin dirigió los ojos á la cama, y aunque el cadáver estaba cubierto con una sábana, todo lo adivinó. —¡Pascual! gritó horrorizado. —Creí que ya lo sabíais. —¿Yo? —Sí por cierto; vos habéis sido la causa de su muerte. —¿Yo? repitió Courtin, que recordando lo que José acababa de decirle comprendió que le convenía disculparse; os juro que hace más de ochó días que no he visto á vuestro difunto esposo. —No juréis; Pascual no juraba ni mentía jamás. —¿Quién

os ha dicho que le había visto? por Dios que me extraña la suposición.—No mintáis ante un muerto, señor Courtin, podriais arrepentiros de ello.—No miento, contestó tartamudeando el alcalde.—Salió de aquí para vuestra casa, y vos le hicisteis servir de guía á los soldados. Courtin hizo otro gesto negativo, y la viuda, mirando fijamente á una joven aldeana que estaba llorando en un rincón del aposento, añadió:—No creáis que trate de afeár vuestra conducta; su deber era apoyar á los que tratan de impedir que el país sea devastado otra vez por la guerra civil.—Ese era también mi objeto, contestó Courtin bajando de tal modo la voz que la aldeana del rincón apenas podía oírle; celebraría infinito que el gobierno acabase de una vez con todos esós nobles turbulentos que durante la paz nos insultan con su riqueza, y luego encienden la guerra para hacernos degollar como corderos. Ese es mi objeto, repito; pero es preciso no decirlo muy alto, pues esa gente es capaz de todo.—No podéis quejaros si os atacan por la espalda, contestó la viuda con acento desdeñoso, pues vos en cambio os ocultáis para atacarlos con más seguridad.—¡Diablo! cada cual hace lo que puede; no todos son valientes como vuestro difunto marido; mas os juro que le vengaremos.—Gracias, contestó la viuda con airado acento, no os necesito para eso; harto os habéis mezclado en los asuntos de esta pobre casa, y en adelante guardad para otros vuestra solicitud.—Como queráis. Yo apreciaba mucho á vuestro marido, y si alguna vez me necesitáis... Mas ¿quién es esa mozueta?—Una prima mía que ha llegado esta mañana de Port-Saint-Pere para ayudarme en el entierro de mi pobre Pascual.—¿De Port-Saint-Pere esta mañana? ¡Poder de Dios! mucho andar es.

La pobre viuda no estaba acostumbrada á mentir, y al ver que Courtin no caía en el lazo, le lanzó una colérica mirada; mas este contemplaba un traje de aldeano que estaba secándose á la chimenea, entre cuyas prendas había unos zapatos de forma muy elegante y una camisa de finísima batista, objetos no muy comunes en las chozas de los aldeanos.

—¡Hermosa tela! exclamó el alcalde al tocar su suave tejido; seguro estoy de que no lastima el cutis de la persona que la usa. La aldeana comprendió que ya era hora de ayudar á la viuda que estaba en ascuas y cuyo enojo crecía por instantes de un modo visible, y contestó:—Efectivamente, la he comprado en Nantes á un ropavejero para hacer cami-

sitas al sobrino de mi pobre primo.—Y habéis hecho muy bien en lavarlas antes, añadió Courtin mirándola de hito en hito, pues las prendas viejas nadie puede saber quien las ha usado.—Maese Courtin, dijo la viuda interrumpiéndole, me parece que vuestro caballo se impacienta.—Courtin se puso á escuchar, y añadió en seguida: Si no oyera andar á vuestro cuñado por el granero, creería que él es quien le atormenta.

Al oír esas palabras que daban otra prueba de la perspicacia de Courtin, la joven aldeana palideció y demudóse mucho más al oír que decia mirando por los cristales:—Sí, allí está el pícaro, aguijoneándole con el látigo. ¿Quién hay pues en vuestro granero?

Iba á contestar la desconocida que podría ser muy bien la mujer ó un hijo de José, cuando la viuda exclamó encolerizada:

—Maese Courtin, vuestras preguntas son más que impertinentes: tened entendido que odio á los espías, sea cual fuere el partido á que pertenezcan.—¿Desde cuándo se llama espionaje una conversación entre amigos? Os habéis vuelto muy suspicaz.

La aldeana miraba á la viuda como recomendándole que fuese prudente; mas esta gritó sin poderse contener:—Vuestros amigos debéis buscarlos entre los traidores y los pícaros como vos; salid de esta casa, y no turbéis más la tranquilidad de los que sufren.—Está bien, contestó Courtin fingiendo pesadumbre; veo que os empeñáis en achacarme la muerte de vuestro esposo y mi presencia os es odiosa; debí haberlo notado antes. Creed que lloro sinceramente vuestra desgracia: no os enojéis, ya me voy.

La viuda indicó con la vista á la aldeana una artesa que estaba detrás de la puerta y sobre la cual había un pupitre y algunos papeles. Allí se había escrito sin duda la orden que Juan Oullier había llevado aquella mañana al marqués. La aldeana comprendió la seña, y pronta como una exhalación se sentó encima del recado de escribir, en el cual afectó Courtin no reparar.

—Hasta más ver, dijo éste; por más que no lo creáis, os aseguro que siento en el alma la muerte de vuestro marido: y si alguien os molesta, sea quien fuere, no tenéis más que avisármelo, pues no en balde tengo la vara.

La viuda no contestó: estaba mirando con los brazos cru-

zados la cama donde yacía su esposo, y Courtin al marcharse dijo á la aldeana:

—Cuidad mucho á vuestra prima; desde que ha perdido á su marido parece una fiera; mas permitid que os lo diga: por más vueltas que le déis al huso, nunca haréis una tela tan fina como la de aquella camisa. ¡Hermosa tela! ¡hermosa tela!

Y tomó la puerta.

—¡Pronto, pronto! dijo la viuda, ocultad todos esos utensilios; va á volver.

La aldeana obedeció al punto y casi al momento asomóse á la puerta el rostro de Courtin.

—Perdonad si os he asustado, dijo éste. ¿Cuándo son las exequias?—¿Te irás de una vez? gritó encolerizada la viuda levantando las tenazas del hogar.

Courtin huyó precipitado en tanto que la viuda volvía á cerrar la puerta con fuerza; limpió con un puñado de hojas la silla de su cabalgadura, que el hijo de José, á quien su padre inculcaba el odio á los azules, había ensuciado con boñiga de vaca, y sin proferir una queja pasó por el huerto examinando curiosamente los árboles; mas al llegar á la cruz de la Berthaudiere donde empezaba la selva de Machecul, aguijó el caballo, y alejóse á toda prisa.

—Por fin se ha ido, dijo la joven aldeana á la viuda Picaut.—Pero no hay que fiar en él, señora.—¿Qué queréis decir? ¿Teméis que vaya á denunciarnos?—Le creo muy capaz de ello, pues aunque no acostumbro dar fe á las hablillas de la gente, no me inspira mucha confianza su semblante.—En efecto, no me ha gustado la cara de ese hombre.—¡Ah señora! ¿por qué no habéis hecho que se quedase Juan Oullier? aquel sí que es todo un hombre.—Porque tenía que dar algunas órdenes al castillo de Souday, y ha de traernos caballos esta noche para salir de una casa donde sólo causamos molestia y pesadumbre.

La viuda no contestó; tapábase la cara con las manos y lloraba.

—¡Pobre mujer! dijo la duquesa, vuestras lágrimas caen gota á gota sobre mi corazón y lo laceran. ¡Ay! esta es la terrible é inevitable consecuencia de las revoluciones.—Considerad, señora, que antes que podáis cumplir vuestro designio, muchos infelices que sólo habrán cometido el crimen de amarnos, muchos padres, muchos hijos, muchos herma-

nos, yacerán en un lecho de muerte como mi desgraciado esposo; considerad que muchas madres, muchas viudas y muchos huérfanos verterán lágrimas de sangre, como las que ahora estoy derramando.—¡Dios mío! exclamó la aldeana cayendo de rodillas y alzando las manos al cielo, no permitáis que me equivoque, no me pidáis estrecha cuenta de tantas desgracias.

Y su voz entrecortada por la emoción se apagó en un suspiro.

XXXIX

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

En esto llamaron á una trampa del techo que comunicaba con el granero, y oyóse la voz de Bonneville que preguntaba:

—¿Qué sucede?—Nada, nada, contestó la aldeana apretando la mano de la viuda con afectuosa energía. En seguida preguntó trepando á una escala que conducía por la trampa al piso superior: Y vos ¿cómo os encontráis?—Pronto á empezar de nuevo, si así lo exige vuestro servicio, contestó el mancebo asomando por la abertura su risueño semblante; ¿quién ha venido hace poco?—Un aldeano llamado Courtin que no tiene trazas de ser muy amigo nuestro.—¡Hola! ¿El alcalde de la Logerie?—El mismo.—Ya me había hablado de él el barón Michel; es un hombre muy peligroso, y debierais haberle hecho seguir.—¿Por quién? no hay nadie en la casa.—¿Y el hermano de nuestra buena huésped?—Ya habéis visto cuánta repugnancia mostraba por él Juan Oullier.—Y sin embargo es un blanco, exclamó la viuda, un blanco que ha estado contemplando como asesinaban á su hermano.

Al oír esas palabras hicieron un gesto de horror la aldeana y Bonneville, quien contestó:

—Entonces más vale no inmiscuirle en nuestros negocios; mas ¿no tendremos á quién colocar de centinela en las cercanías?—Juan Oullier ha cuidado de ello, contestó la viuda,

y yo por mi parte he mandado á mi sobrino al erial de San Pedro, desde donde se atalayan todos los alrededores.—Si es un niño, dijo tímidamente la aldeana.—Un niño más seguro que muchos hombres.—Además, añadió Bonneville, dentro de tres horas habrá cerrado ya la noche y estarán aquí nuestros amigos con los caballos.—¡Tres horas! dijo la aldeana, en tres horas pueden pasar muchas cosas.—¿Quién es ese que viene corriendo? exclamó la viuda.—Soy yo, tía, contestó un niño que llegaba casi sin aliento.—¿Qué sucede?—¡Tía, tía! exclamó el niño, los soldados están allá arriba; han sorprendido al centinela y le han muerto.—¿Que vienen los soldados! dijo entrando José Picaut.—¿Que haremos? preguntó Bonneville.—Esperarles, contestó la aldeana.—¿Por qué no huír?—Porque si nos ha delatado el hombre que acaba de salir de aquí, ya debe estar cercada la casa.—¿Quién habla de huír? preguntó la viuda Picaut. ¿No os he dicho que esta casa era segura? ¿No os he jurado que aquí nada teníais que temer?

En esto apareció José Picaut con el fusil en la mano, quien al ver dos desconocidos junto á su cuñada, dijo retrocediendo asombrado:

—¿Con que tenéis nobles en vuestra casa? Ya no me admira la venida de los soldados; vos los habéis vendido.—¡Miserable! contestó su cuñada asiendo del sable de su marido que colgaba de la chimenea, y arremetiendo á José que le apuntó el fusil.

Bonneville se tiró de la escala, mientras la joven aldeana corrió á proteger con su cuerpo el de la viuda, y con acento robusto y enérgico que contrastaba con lo endeble de su cuerpo, gritó:

—Abajo el fusil.—¿Quién sois vos para mandarme á mí? preguntó José irritado.—Yo soy la que hasta ahora han estado esperando, yo soy la que tiene derecho á mandar y ser obedecida.

Habían sido tan inesperadas esas palabras, y dichas con tan majestuoso acento, que José quedó atónito y se le escapó el fusil de las manos.

—Ahora, continuó la aldeana, vuelve arriba con el señor.—¿Y vos? preguntó Bonneville con ansiedad.—Yo me quedo.—Pero.....—No hay pero que valga: obedeced.

Desaparecieron los dos y cerróse la trampa, en tanto que la aldeana viendo que la viuda Picaut deshacía la cama

donde yacía su esposo y la ponía en medio del aposento, la preguntaba admirada:

—¿Qué estáis haciendo?—Os preparo un asilo en el cual nadie vendrá á buscaros.—No necesito ocultarme. ¿Cómo queréis que me conozcan con este traje? Aquí les aguardaré.—No quiero que les aguardéis, contestó la viuda con fuerza dominando por completo la voz de su interlocutora; ya habéis oído á ese hombre: si os prendieran en mi casa, dirían que yo os he delatado.—¿No sois mi enemiga?—Soy una enemiga que si os viese prisionera no tardaría en acompañar en esta cama al cadáver que la está ocupando.

Y como nada pudo contestar á esas palabras, tendióse la aldeana entre dos colchones y el jergón, en donde también escondieron la camisa, los zapatos y los vestidos que tanto habían llamado la atención de Courtin. Apenas acababa la viuda de dirigir una mirada en torno suyo para ver si quedaba algo por ocultar, cuando se oyó un súbito rumor de armas y apareció en la puerta un oficial.

—¿Aquí? preguntaba á otro que le acompañaba.—¿Qué queréis? dijo la viuda.—Queremos ver á los forasteros que tenéis en casa.—¡Cómo! ¿No me conocéis?—Vaya si os conozco: sois la mujer que nos ha servido de guía esta noche.—Por lo mismo, extraño que busquéis en mi casa á los enemigos del gobierno.—¡Cáspita! añadió el subteniente, eso no tiene réplica.—No hay que fiarse de esas personas. ¿No habéis visto aquel chiquillo que estaba de centinela y que á pesar de nuestras amenazas les ha advertido nuestra llegada? Afortunadamente no han tenido tiempo para escapar.—Puede que tengáis razón.—Allá lo veremos.

Volvióse luego á la viuda y dijola:

—Nada temáis, vamos á registrar la casa.—Como gustéis, contestó ésta poniéndose á hilar en un rincón con toda tranquilidad.

Hizo una seña el teniente á los soldados, los cuales entraron dirigiéndose á la cama; Mariana se demudó al ver que el oficial alzaba la sábana, y levantándose de un salto, cogió el fusil de su marido que estaba colgado de la pared, diciendo con voz tonante:

—Por Dios os juro que si tocáis ese cadáver; sois muerto.

Retrocedieron los oficiales y, acercándose la viuda á la cama, apartó las sábanas y dijo:

—Miradle, es mi marido que murió ayer sirviéndoos.

—¡Cielos! exclamó el teniente, es el gufa que nos mataron en el vado de Pontfarcy.—¡Pobre mujer! añadió su compañero, dejémosla.—Sin embargo, la declaración de aquel hombre era muy categórica.—Debíamos haberlo traído.—¿No hay otro cuarto en la casa?—Allí hay el granero, encima del establo.—Registrad el granero y el establo, pero abrid antes todos los cofres y no olvidéis el horno.

Los soldados se desparramaron por la casa para ejecutar la orden.

Temblaba la aldeana en su escondrijo por lo que podría suceder á Bonneville, pues no había perdido ni una sílaba de la conversación; así es que cuando oyó bajar del granero á los soldados, respiró como si la hubiesen quitado de encima un grandísimo peso.

Apoyóse en el arcón el teniente aguardando á que volviesen su compañero y los soldados, y preguntóles en cuanto les vió aparecer:

—¿Habéis encontrado algo?—Nada, mi teniente, contestó un cabo.—¿Habéis removido la paja, el heno?...—Todo lo hemos sondeado con las bayonetas; si hubiese habido un hombre en alguna parte, forzosamente habría tenido que sentirlas.—Corriente, pasemos á la casa del lado; en alguna parte deben estar.

Salieron los soldados, y receloso el oficial se volvió á mirar un tejadillo que sobresalía de la pared, proponiéndose hacerle registrar después, cuando de pronto cayó á su lado un caliche que le hizo levantar la cabeza, y parecióle ver una mano que desaparecía entre dos cabrios del tejado.

—¡Aquí, soldados! gritó con voz estentórea; y al acudir dijoles:—¡Os habéis lucido, voto á tal!—¿Qué hay? preguntaron todos.—Esos tunantes están en el granero, y vosotros pretendiais haberlo registrado todo: ¡lea! ¡arriba!

Penetraron los soldados de nuevo en la casa, yéndose en derechura á la trampa, la cual trataron de levantar como la primera vez; mas no pudieron abrirla.

—¡Bien, por vida mía! dijo el teniente subiendo también la escala; ya se va aclarando el negocio; ¡lea! salid de vuestra madriguera ú os sacaremos de ella.

Oyóse entonces en el granero un animado coloquio, indicio evidente de que los sitiados no estaban acordes sobre el partido que les convenía tomar.

Veamos ahora lo que había pasado. Creyendo Bonneville

y su compañero que los soldados investigarían con preferencia los montones de heno más altos, ocultáronse bajo una ligera capa del mismo que había junto á la trampa; y ya hemos visto cuán bien les salió esta astucia.

Con el oído pegado al suelo Bonneville y el aldeano escuchaban desde su escondrijo lo que en el piso inferior decían, y al oír José Picaut la orden de registrar su casa concibió vivísimos temores, por cuanto tenía en ella un depósito de pólvora; de suerte, que á pesar de las observaciones de su compañero, quiso ir á acechar á los soldados por las rendijas que formaban la vigas entre el techo y la pared. Cuando Bonneville oyó la voz del oficial y comprendió que él y José estaban descubiertos, sujetóle reconviéndole por la imprudencia que les perdía, de lo cual dimanó el cuchicheo que desde el cuarto de la viuda se había oído; mas ya era inútil toda reconvencción y urgía tomar un partido.

—¿Los habéis visto? preguntó el conde.—Sí.—¿Cuántos son?—Unos treinta.—Entonces sería temeraria la defensa, y como no han descubierto á *Madama*, quizás nuestro arresto contribuya á salvarla.—¿Cuál es vuestro parecer? preguntó Picaut.—Rendirnos.—¡Jamás!—¿Cómo jamás?—Lo dicho; comprendo que vos os rindáis, pues sois noble y rico, y os darán cómoda y lujosa cárcel; pero á mí me mandarán á presidio, donde he pasado ya catorce años, y os juro que prefiero la fosa al petate del presidiario.—Si luchando sólo nos comprometiésemos nosotros, os juro que tampoco me cogerían vivo; mas se trata de salvar á la madre de nuestro rey.—Entonces matemos los más que podamos, y Enrique V tendrá esos enemigos ménos, dijo el vendeano colocando el pié sobre la trampa.—Acabemos de una vez, dijo Bonneville, ¿me obedecéis ó nó?

Soltó Picaut la risa y dióle Bonneville un puñetazo que le hizo medir el suelo. Al caer se le fué de las manos el fusil, y viendo delante de sí un tragaluz cerrado, ocurriósele la idea de dejar que el conde se rindiera y aprovechar la ocasión de huir. En efecto, mientras Bonneville levantaba la trampa, recogió el fusil, abrió el tragaluz, y cuando el conde bajaba los primeros escalones gritando: No tiréis inos rendimos! disparó el vendeano á los soldados y saltó en seguida al huerto huyendo al bosque, no sin exponerse á las balas de dos ó tres centinelas. La de José hirió de gravedad á un soldado, y al mismo tiempo le fueron apuntados á Bonneville.

lle diez fusiles, de modo que el desventurado mancebo, sin que Mariana llegase á tiempo para escudarle con su cuerpo, cayó acribillado á balazos á los piés de la viuda gritando:

—¡Viva Enrique V!

Oyóse otro grito que el teniente no advirtió por impedírselo la baraunda que en la casa reinaba; grito que parecía salido del pecho del cadáver, único espectador mudo é impassible de aquella escena terrible. Mientras los soldados se desparramaban por la casa para buscar al asesino, el teniente distinguió al través del humo á la viuda arrodillada abrazando fuertemente la cabeza de Bonneville, y preguntóla:

—¿Ha muerto?—Sí, contestó la pobre con voz apagada.

—Pero vos estáis herida también. En efecto, brotaban de su frente abundantes gotas de sangre.—¿Yo herida? contestó.

—Sí, os está saliendo sangre de la frente.—¿Qué importa mi sangre cuando ya no queda una gota en el cuerpo de aquel por quien juré que sabría morir?

En esto asomó por la trampa la cabeza de un soldado, diciendo:

—Mi teniente, á pesar de haberle disparado varios tiros, el otro ha escapado.—Ese es el que conviene coger, contestó el teniente tomándole por Petit-Pierre; y si no encuentra un guía, de seguro caerá en nuestras manos. ¡A él!

Reflexionando luego un poco, añadió:

—Apartaos, buena mujer; registrad al muerto.

Ejecutada la orden, nada pudo encontrarse en los bolsillos de Bonneville, por la sencilla razón de que Mariana le había dado un traje de su marido, en tanto que se secaba el suyo.

—¿Y ahora, dijo Mariana señalando el cadáver del conde, puedo quedarme con él?

—Sí; mas dad gracias á Dios que quiso que ayer nos sirviérais, pues á no haber sido así, os habría enviado á Nantes para enseñaros cuán peligroso es dar asilo á los rebeldes.

Reunió el teniente á los soldados y siguió á buen paso la dirección que había tomado el fugitivo; la viuda corrió á la cama, y levantando el colchón encontró á la princesa desmayada.

Diez minutos después el cuerpo del conde de Bonneville descansaba junto al de Pascual Picaut, y las dos mujeres, la

presunta regente y la pobre aldeana, arrodilladas junto al lecho, rogaban por las dos primeras víctimas de la insurrección de 1832.

XL

EN DÓNDE JUAN OULLIER DICE LO QUE PIENSA DEL BARON-CITO MICHEL.

En tanto que en casa de Mariana acontecían los tristes sucesos que acabamos de relatar, reinaba en el castillo de Souday insólito movimiento y algazara. El Marqués no cabía en sí de gozo al ver llegado el tan ansiado momento, y poniéndose su mejor traje de caza con una faja blanca, distintivo de jefe de división que sus hijas le habían bordado, prendióse en el pecho un corazón encarnado y en el ojal un rosario; y así vestido de gala, probaba el temple de su sable en todos los muebles de la casa. De cuando en cuando ensayábase mandando el ejercicio á Michel y al notario, á quien quería reclutar á todo trance, por más que este, á pesar de sus opiniones, se negara á manifestarlas de un modo extralegal.

Siguiendo Berta el ejemplo de su padre vistió un traje belicoso compuesto de una levita de terciopelo verde, que abierta de pecho descubría una chorrera de deslumbrante blancura; estaba adornada de alamares de seda negra, y ajustada al talle, completando el traje unos anchos calzones de paño pardo y botas que le llegaban á la rodilla. La doncella no llevaba la banda terciada al hombro, sino atada al brazo izquierdo con una cinta carmesí. Este vestido hacía resaltar la esbeltez y elegancia de Berta, y su chambergo de fieltro ceniciento, con blancas plumas, sentaba maravillosamente á la varonil expresión de su rostro. Berta estaba encantadora, y como á pesar de no ser coqueta notó que había hecho honda impresión en el ánimo de Michel, pronto se puso tan gozosa y expansiva como el marqués su padre.